

El diluvio y la pasajera

Alejandro Medina



Capítulo 1

Primero hay que apreciarla de lejos para comprender y admirar su belleza. Mirar es un acto de amor. Sólo hay que pensar en las sensaciones que tanto Alexander von Humboldt, durante su breve pero sustanciosa estancia en nuestra tierra allá por los primeros años del Siglo XIX, como José María Velasco encaramado en una de las tantas cuestas de lo que hoy día conocemos como Parque Nacional del Tepeyac, experimentaron al observar el paisaje del sureste de la capital. Si una persona en la actualidad se estremece al mirarla desde el mirador de la Torre Latinoamericana tras una cortina de altos edificios que obstruyen la visión, imagínense lo que aquellas dos personalidades sintieron al verla a plenitud, un paisaje a plenitud.

Inma detiene su trabajo para sorber un poco de café. Es miércoles quince de mayo, día de San Isidro Labrador. Hoy no ha podido continuar su recorrido por aquellos laberintos porque desde que despuntó el alba, el aire que soplaba daba visos de arrastrar consigo la primer gran lluvia del año. Su madre, que procedía de tierras tropicales y se declaró ante ella innumerables ocasiones como católica, apostólica y romana (lo que sea que signifique eso), le había metido la idea de que este día de todos los años hasta el final de los tiempos, San Isidro Labrador venía en auxilio de todo aquel que poseyera una parcela para sembrar brindándole suficiente agua para hacer brotar sus cultivos. Patrañas, piensa Inma mientras sorbe de a poco la bebida. Además de la temprana amenaza de lluvia, hoy particularmente se ha encontrado indispuesta para continuar haciendo labor de campo, y ha preferido consumir la tarde pasando a limpio las cuartillas de la crónica que le encargó su jefe en turno: una crónica buena buena buena, le había dicho; una crónica de algún punto del DF poco conocido o poco habituado para la mayoría de los capitalinos. Y es que, a partir de aquel día, decidió conducir su carrera periodística por la vía independiente, porque los recuerdos no le permitían volver a encerrarse por horas en una Redacción. No ganaba el dinero que deseaba, pero le bastaba para pagar el alquiler de la habitación amueblada en el edificio de la calle Antonio Caso y vivir sin excesos pero sin estrecheces. Hoy, por ejemplo, se le ha antojado venir a La Nacional, el restaurante de la avenida Rosales que Car..., que tiene una comida excelente. Está sentada en una mesa mirando hacia afuera, porque le gusta ver las expresiones de la gente que va caminando por la calle. Una mesera se le acerca para ofrecerle más café. Mientras rellenan su taza, echa un vistazo a sus apuntes en su cuaderno de forma italiana; hace algunas tachaduras, completa una frase escribiendo palabras en el espacio entre renglones, añade un punto y coma para contextualizar mejor una idea. Se retira la mesera e Inma posa sus manos en el teclado de su ordenador portátil y

continúa escribiendo.

La Sierra de Santa Catarina es una cadena montañosa que divide a las delegaciones Iztapalapa y Tláhuac y termina en el municipio conurbado de Los Reyes La Paz, Estado de México. Está compuesta por una serie de volcanes y cerros que durante los días despejados amenizan la vista de esta área del Distrito Federal. Pero antes de llegar a este punto, es interesante detenerse en dos lugares que llaman la atención durante el recorrido hacia aquella zona.

Es de dominio popular que cuando se pronuncia el nombre de Iztapalapa todo se relaciona con violencia y delincuencia, estigmas que suenan un poco injustas para el ex convento de Culhuacán. Enclavado en el Pueblo de Culhuacán, y confundido en medio de la urbanización que a su vez ha absorbido gran parte de la extensa falda del Cerro de La Estrella, el ex convento es un lugar apacible en una tarde de sábado, un sitio donde aquel que desee olvidarse del bullicio de la ciudad puede acudir para admirar su belleza arquitectónica, o simplemente a pasear por la explanada mirando su estanque que va secándose poco a poco. La contradicción en este lugar es extraordinaria: mientras en el interior del edificio todo es paz y tranquilidad, afuera, sobre Avenida Tláhuac, el caos del transporte público, aunado al ruido generado en torno al Mercado Culhuacán, es el común denominador que se aprecia en casi en cualquier punto de esta nuestra ciudad.

Realiza una nueva pausa para checar sus notas. Toma un respiro y deja su cuaderno sobre la mesa. De pronto se pone pensativa. ¿Qué habría sucedido si se hubiera quedado en Jesús María? No Inma, no, no puedes seguir pensando en eso, pero es que... De pronto piensa en sus padres. En su madre, sobre todo. Cuando niña, era la adoración de su madre. Antes de que ella naciera, su vida discurría entre hombres: su esposo y sus tres hijos. Su llegada significó ese rayito de luz que le faltaba, y entonces la casa se llenó de colores, rosa principalmente, y las misas de los domingos a las diez de la mañana eran motivo para pavonearse ante sus amigas con esos vestiditos floreados con que la vestía. Pero llegó la etapa de la preparatoria y con ella los libros, las ideas de libertad, el feminismo y la pasión por el periodismo, arraigada por las clases de literatura impartidas por una maestra de nombre Guillermina, pasión generada a partir de una crónica que Inma escribió, como tarea, sobre la historia de la legendaria Calzada México-Tacuba; fue tal la dedicación y empeño mostrados en este trabajo, que la idea de escribir a partir de una investigación la decantó por dedicarse al periodismo; aun estando ya matriculada en la Carlos Septién, acudía de vez en cuando a solicitar el consejo y apoyo de la maestra, para

que todos sus textos estuviesen escritos de forma correcta.

La misma mesera que le sirvió el café ahora se acerca con una charola con el menú que ha ordenado. Para que la chica pueda colocar los platos sobre la mesa, toma su ordenador y lo coloca en el banco junto con la libreta y la mochila. Come despacio, saboreando cada bocado. Qué bien hizo al no haber ido donde Martha, la iba a bombardear con preguntas y ella no estaba en ese momento para dar respuestas de nada. Por eso aquella mañana, en vez de enfilar hacia el sur, siguió en sentido norte por San Juan de Letrán buscando por las colonias donde pasaba algún hotel confiable donde pasar algunos días, hasta que se vio caminando por las calles de la colonia San Rafael y recalando en el edificio de habitaciones amuebladas en Antonio Caso, que salvo el degenerado del segundo piso, tipo que recién al llegar ella trató de besarla por la fuerza y al que logró ponerle una orden judicial restrictiva, la vida allí era de lo más tranquila.

Continúa comiendo y posa su vista en la calle. Observa que algunas personas caminan de prisa, a un indigente que se echa encima una suerte de impermeable, a un par de escolares uniformados que seguro andan de pinta caminando como si la vida importara cualquier cosa, y a un chico que entra en forma precipitada al restaurante. Se parece a... No no no no, no se parece a nadie, piensa al tiempo de hacer a un lado el plato y tomar nuevamente su ordenador. El chico, tras sacudir un par de gotas de agua de su rompevientos, ocupa una mesa del fondo. Inma, sin disimular, se gira para verlo al momento en que éste saca de su mochila un ejemplar del diario Milenio. Piensa: en efecto, no se parece en nada.

Después de pasar por la fase de relajación en las instalaciones del ex convento, la conectividad que el Metro ofrece para seguir el camino hacia el sureste nos pone a los pies de un sitio donde se oferta otro tipo de relajación para cierto tipo de personas: el Sanatorio Psiquiátrico Del Carmen.

Llama la atención que un lugar de estas condiciones se encuentre en una zona como Tláhuac, demarcación que en los últimos meses ha experimentado en carne propia los peligros y los miedos de vivir al lado de un creciente cártel de las drogas, aunque las autoridades en el pasado reciente hayan puesto todo su empeño en negarlo. Tras concertar una cita por teléfono con la secretaria del Director del sanatorio, explicándole que se está escribiendo una crónica de los sitios de interés de la zona para hacerlos del conocimiento de todos los capitalinos, el Director en persona y muy amablemente, ofreció a esta reportera un recorrido por los pasillos y pabellones que componen a la clínica; obviamente, para no alterar el proceso de rehabilitación, no se me permitió entrevistar a ninguno de los pacientes. Reina un ambiente de paz total. En los jardines hay mesas con sombrillas en donde algunas personas acuden a leer o pasar el rato,

siempre bajo la estricta pero disimulada vigilancia de enfermeras y demás personal de apoyo. Al entrar en un recinto como este, uno esperaría encontrarse con escenas difíciles de digerir, sin embargo, este sitio sólo ofrece tranquilidad tanto para internos como para sus familiares, todo en pro de la pronta recuperación de los ocupantes del sanatorio.

Lo que minutos antes era una garúa pasable, ahora se ha convertido en un torrencial aguacero, oscureciendo el panorama de tan cerrado que está el cielo. Inma no tiene prisa de nada. Deja de lado nuevamente su ordenador y pincha con el tenedor los trozos de un filete. Echa un nuevo vistazo al chico de la mesa del fondo: está absorto en la lectura del contenido del diario. En los últimos meses no ha parado de andar de aquí para allá buscando la noticia para escribir sus crónicas; ha visitado varios lugares, ha cubierto diversos tipos de noticias, ha asistido a innumerables marchas. En una de ellas conoció a Ricardo Aldebarán, un fotorreportero de la agencia Reuters que cubría al igual que ella la marcha por el Día Internacional de la Mujer. Al caer la tarde y después de haber cumplido la misión de cubrir el evento, Aldebarán la invitó a una copa en el Artic Bar de la Condesa y después a su departamento en las calles de Tamaulipas, ahí le mostró parte de su material y la historia que lo llevó a ser contratado por aquella importante agencia internacional de noticias. Tal vez, por un asomo de despecho, Inma aceptó relacionarse con el fotógrafo por espacio de unas semanas, incluso llegó a habitar por unos días el piso de Tamaulipas, sin embargo, algo en su fuero interno le decía que aquello no tenía futuro alguno por donde quiera que se le mirase, y optó por volver a su habitación en Antonio Caso.

Un estruendo parte el cielo por la mitad y devuelve a Inma de su ensimismamiento. Tan concentrada estaba en sus recuerdos, que no se dio cuenta cuando el chico de la mesa del fondo abandonó el local. Gira hacia la barra para solicitar más café, y en cuanto vuelve a su posición original, observa que la puerta se abre y una joven pareja entra riéndose a carcajadas y sacudiendo gotas de agua de sus abrigos. A contraluz parecen una pareja como cualquier otra, pero conforme van adentrándose y la luz descubre sus caras, reconoce a Claudia Inés Visedo Alcántara y al joven Paco Topillos. Claudia había sido pareja de Carlos en los años de preparatoria y lo dejó meses antes de la graduación por el joven Topillos, que por entonces hacía el segundo curso de Derecho en una universidad de dudosa reputación, y desde ese tiempo ya sentía ser un litigante con todas las de la ley. A Carlos no pareció importarle la ruptura en aquel tiempo, pero se deshizo en un drama estilo Época de Oro del Cine Mexicano al enterarse que Claudia, *su* Claudia, se casaría por lo civil y la iglesia con Topillos. Inma presencié aquellas escenas lamentables cuando ya vivía con él en el piso de Jesús María y le tocó ser su paño de lágrimas.

Tiempo después, en una de las tantas reuniones a las que asistían, se toparon con Claudia y Paco. Inma temió lo peor cuando Carlos tuvo de frente a su ex pareja pero él, quizá motivado por una absurda idea de meter celos en Claudia, la presentó como su novia; Inma se contrarió tanto ante el hecho que no pudo más que decir hola al presentarse con ellos. Al abandonar la reunión, mientras caminaban por la calle, Carlos iba pensativo. Inma, que no resistía la incertidumbre, le encaró directamente:

—¿Por qué lo hiciste?

—No sé. Tenía que decir algo y fue lo único que se me ocurrió. Discúlpame.

No la reconocieron o no la quisieron reconocer cuando pasaron al lado de ella, simplemente fueron a sentarse a la misma mesa del fondo que minutos antes había ocupado el chico del periódico. Inma no le dio mayor importancia. Hace de lado el plato y retoma su ordenador. Revisa por enésima ocasión sus apuntes. Antes de fijar la mirada en la pantalla mira hacia la calle: la lluvia ha amainado sólo un poco.

A partir de este punto no es necesario montarse más en el Metro. Por estos rumbos es difícil encontrarse con grandes malls o tiendas de marcas de renombre. Aquí la gente se gana la vida en lo que sabe hacer: desde el tendero de la esquina hasta el que vende productos de limpieza para el hogar; incluso hay los mototaxis, híbridos de transporte que por cinco pesos la dejada, acercan a las personas desde alguna estación del Metro hasta casi la puerta de su casa (en las investigaciones realizadas a partir de los hechos recientes, se pudo constatar que algunos de estos trabajadores fueron cooptados por el crimen organizado para fungir como los «halcones» del cártel. Según esto, su estratégica posición sobre Avenida Tláhuac y la agilidad de sus vehículos para introducirse por las estrechas calles, les permitían advertir con suficiente rapidez a los criminales sobre la llegada de algún operativo judicial a la zona).

El Pueblo de Santiago Zapotitlán es la puerta de entrada a Tláhuac y al sur sur del Distrito Federal. El camino que conduce a la Sierra de Santa Catarina es la clara muestra del por qué un análisis de años recientes del Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social (CONEVAL), pone a esta delegación como la tercera en la escala de las más pobres del total de diez y seis que componen a la capital de la República. Conforme uno va alejándose de la arteria principal e introduciéndose por las calles que se estrechan con cada metro recorrido, el paisaje ofrece imágenes que combinan lo urbano con lo rural. Al llegar

por fin a un camino completamente de terracería, a los pies del cerro Yohualixqui, una escena intriga no por lo sorprendente, sino porque es el pan de cada día de la zona: un camión de redilas sale y uno de volteo entra. Es inevitable no investigar hacia dónde se dirige el camión pesado.

Se acerca la mesera para retirar los platos vacíos de la mesa. Inma solicita más café y vuelve a mirar la calle detrás de la puerta de vidrio: la lluvia azota con ferocidad. El restaurante cuenta con sistema de televisión satelital, pero lo fuerte de la lluvia impide el paso de la señal. La señora que administra la caja apaga el aparato y enciende la radio, justo en el momento en que los primeros acordes de *La barca* de Roberto Cantoral suenan. Regresa la mesera con la cafetera y rellena nuevamente la taza. Inma mantiene en el borde de los labios el recipiente cuando escucha el primer verso de la canción: *Dicen que la distancia es el olvido...* Bebe un poco y coloca la taza sobre la mesa, se limpia los labios con una servilleta y apoya la espalda en el respaldo de la banca, se cruza de brazos y se queda pensativa. El verso inicial le devuelve a la memoria un recuerdo que había olvidado por mucho tiempo. Es diciembre. Exactamente seis de diciembre por la noche. Ella y Carlos caminaban por la acera norte de la calle Lago Alberto rumbo a la estación del Metro San Joaquín; volvían a casa luego de reunirse en el centro comercial Parques Polanco con el dueño de un bar que les proporcionó suficiente información sobre las extorsiones que el crimen organizado cobra a los comerciantes de Polanco. Cuando llegaron a la estación, notaron que una ingente cantidad de personas salía enojada y Carlos preguntó a un hombre qué estaba pasando.

—Pues que en toda la línea no hay servicio. ¿Qué hacemos? ¿Tomamos un taxi? —le dijo a Inma con un dejo de ira.

—No, mejor vamos caminando a Chapultepec y bajamos en Pino Suárez. Tardaremos un poco más, pero llegamos al mismo punto, ¿no crees?

Tanto Lago Hielmar como Lago Alberto, y en igual de circunstancias Laguna de Términos, lucían ríos de gente buscando algún transporte. Trataron de subirse a un camión en Mariano Escobedo, pero todos venían copados, así que tuvieron que caminar. Extrañamente no se hablaron durante el trayecto, sólo cambiaron algunas palabras cuando una chica les preguntó el rumbo que debía tomar para llegar a Chapultepec. Justo en el cruce con Presidente Masaryk ocurrió el episodio. No alcanzaron a atravesar la avenida y tuvieron que retroceder a la vereda para no ser atropellados. Mientras aguardaban el siga del semáforo, Inma se llevó una mano al parental derecho y comenzó a frotarse y sin más, se desvaneció. Inmediatamente Carlos la levantó en brazos, como pudo logró detener un taxi y la llevó a la Cruz Roja de Polanco. Cuando entraron al recinto por el área de Urgencias, Inma aún iba inconsciente y estaba totalmente pálida.

Le diagnosticaron hipotensión, nada grave, dijo el médico que la atendió, sin embargo, por cualquier duda permaneció bajo observación toda la noche. Alrededor de las tres de la mañana despertó y observó a Carlos a un lado de su cama: le tomaba la mano izquierda con suficiente delicadeza. Salieron del hospital alrededor de las siete de la mañana. Carlos no quiso exponerla al trajín del transporte colectivo y paró un taxi que los llevó hasta la sexta de Jesús María. Quizá por temor o vergüenza, durante el tiempo que tardaron en llegar a casa no hablaron una sola palabra entre ellos. En el edificio él la subió cargando, como una pareja de recién casados, todo para evitar que Inma se fatigara por subir escaleras. La acostó en su cama con el cuidado de un restaurador al trabajar en una pieza de arte, le preparó una tila y telefoneó a la Redacción para decir que ese día no podían ir a trabajar.

Las risotadas de Claudia y el joven Topillos la devuelven a la realidad. Bebe otro poco de café y coloca las manos sobre el teclado de su ordenador. Va a retomar la escritura de la crónica, y los últimos versos de la canción la hacen dejar los dedos suspendidos en el aire:

Cuando la luz del sol se esté apagando

y te sientas cansada de vagar,

piensa que yo por ti estaré esperando

hasta que tú decidas regresar.

Se le hace un nudo en la garganta al encontrar una vinculación entre los versos y lo que acaba de recordar. En este punto se pregunta cómo irá la vida de Carlos, en si sigue en la misma publicación o ha cambiado de lugar de trabajo, en si seguirá viviendo en el mismo departamento (que es lo más seguro porque en los días recientes, Martha le comentó que lo encontró en la calle y platicaron, y en una de esas le comentó que aún vivía en el mismo lugar), en si ya habrá encontrado pareja (cuestión improbable, porque hasta donde le conoce, es un poco tímido al transmitir sus sentimientos a una mujer) o en si ya habrá dejado de fumar.

Al mirar las laderas del cerro Yohualixqui y del volcán Xaltepec se encuentra la respuesta: éstas lucen como si un animal gigante les hubiera dado un mordisco. Y es que desde mucho tiempo atrás, tanto la preciosa tierra de tezontle del cerro como el basalto del volcán han sido extraídos en forma indiscriminada para abastecer al gran negocio de la construcción; no se puede dudar, pero tampoco se puede afirmar con severidad, que mucho del basalto haya sido utilizado para cimentar las

pistas del fraudulento Nuevo Aeropuerto Internacional de la Ciudad de México.

Al recorrer esta zona hasta donde los límites de la propiedad privada lo permiten, al pie del volcán puede verse el instrumental para extraer y limpiar el material. Se han dado batallas entre pobladores de Santiago Zapotitlán contra la familia que dice ser la propietaria legal del volcán. Se ha pedido la intervención del GDF para que declare esta parte de la Sierra como reserva ecológica pero, como sucede en estos casos, el gobierno parece hacer oídos sordos (siguiendo la escuela de aquel ex presidente de execrable fama: «ni los veo, ni los oigo»). Y la misma suerte está corriendo el imponente volcán Guadalupe: su lado poniente luce las mordeduras de la extracción, y no parece que nadie ni nada lo pueda evitar.

Aunado al extractivismo, la sobrepoblación es otro es otro de los elementos que causan la desgracia de la Sierra. Miles de familias habitan en las faldas de los cerros y volcanes, miles de familias que al construir sus casas necesitaron de los servicios básicos: agua, luz, drenaje, caminos; miles de familias que en pos de tener un lugar dónde vivir, ignoraron su importancia ambiental y la han dañado al punto de encontrar diferentes vertederos clandestinos de basura en varios puntos del recorrido. Y ni hablar del volcán La Caldera. Ubicado en el municipio de Los Reyes La Paz, Estado de México, no ha padecido la extracción de material, sin embargo, durante algún tiempo fue utilizado como anuncio espectacular del PRI. Durante algún tiempo, uno de sus lomos lució la leyenda ¡TODOS UNIDOS CON LÓPEZ PORTILLO!, cuando éste era el candidato del unipartido de México.

Las historias que encierra esta peculiar zona del Distrito Federal son infinitas. Hacen falta cientos de páginas para contar cada una de ellas. Mientras tanto, sería de mucho provecho que de vez en cuando miremos a este lado de la ciudad, admirar y llenarse de la belleza natural que la Sierra de Santa Catarina ofrece.

Y aún hay más. Más adelante, a unos metros del lecho del Lago de Chalco, una enigmática cuan bella circunferencia natural se impone a la vista del visitante: el Cerro de Xico. Pero esto es materia para otra crónica.

Inma Domínguez.

Decide terminar la crónica así de tajo; deja sin incluir algunos datos que estaban anotados en su libreta. Definitivamente hacer periodismo es lo que le da sentido a su vida en el ámbito profesional. Lo sabía en la preparatoria, lo sabía en la Carlos Septién; lo sabe ahora que elige dónde, con quién y cómo trabajar. Y aunque no percibiera remuneración alguna

por hacer lo que sabe hacer, ella igual es feliz conociendo las historias que encierran cada lugar, cada persona; por eso es que siempre al entrar en un restaurante o cualquier local que dé vista hacia afuera, elige un asiento mirando a la calle para apreciar los gestos de las personas, algún rasgo particular del cual extraer la esencia misma de la historia así como a las rosas se les extirpa la esencia para crear perfumes o jabones, aunque la diferencia entre un perfume y una historia es que el primero tiene por fin disimular y la segunda saca a relucir las verdades que se muestran renuentes a salir. Por eso es que el periodismo de alguna forma le ha ayudado un poco a cubrir el vacío de su otro ámbito: el personal.

El conflicto con sus padres es un tema pendiente. Con su madre, sobre todo. Aún recuerda su llanto cuando salió para siempre de la casa de Ciudad Lago. Aún recuerda que fue su padre el que la corrió y su madre plañía copiosamente implorando compasión para su hija. Aún le duelen esas lágrimas y por eso, desde que publica, sus trabajos los firma con el apellido materno. Sabe que no es suficiente, pero siente que es una forma de redención, una como especie de inicio del proceso de reconciliación con ella.

La lluvia baja de intensidad. Algunas personas comienzan a movilizarse bajo la pertinaz llovizna ante el temor de que vuelva a arreciar. La intensidad, en cambio, de las risas de Claudia y el joven Topillos, parece no menguar. Inma los envidia por un momento. Envidia su felicidad y despreocupación. No es que no haya sido feliz en todo este tiempo, es que no ha tenido con quién compartirla. Aldebarán no logró llenar esas expectativas, más que nada por sus tendencias narcisistas, y por eso decidió que era mucho mejor hacerse a un lado y retomar su independencia. Y sabe dónde encontrar la felicidad, pero no sabe si la felicidad aún la espera en ese lugar.

Va introduciendo de a poco sus pertenencias en la mochila. Gira hacia la barra para solicitar la cuenta y por primera vez sus ojos chocan con los de Claudia; ambas sostienen con firmeza la mirada, pero al cabo de unos segundos Claudia retoma la plática con su esposo. Inma siente un alivio algo absurdo de que no la haya reconocido; absurdo porque no se siente en deuda con ella y a la vez siente que le debe una explicación. Pero antes de decidir nada se acerca la mesera con la cuenta. La perspectiva de ofrecer una explicación a Claudia la ha puesto un poco nerviosa y mira apenas el total del consumo, que se compone de tres cifras, y sólo mira en claro que el puesto de las centenas es ocupado por un uno; de pronto tiene urgencia de salir del restaurante y saca apuradamente un billete de doscientos pesos de su cartera, espera que la mesera le dé completamente la espalda y sale precipitadamente a la calle sin esperar el cambio.

Del torrencial aguacero caído sólo quedan los charcos acumulados en los bordes de las banquetas. Respira aliviada del aire que se siente limpio. Se

dirige hacia la Avenida de la República para ir a su casa. Un hueco se abre en el gris del cielo y deja escapar un latigazo color naranja. Después de la ansiedad en el restaurante y al mirar la luz del sol empieza a sentir paz en su interior, en aquiescencia con el destino que le ha tocado vivir. Llega al Monumento a la Revolución; está a punto de caminar a un lado de la fuente que brota del suelo, e instintivamente levanta la mirada: observa que Carlos está sentado en una barda frente a la fuente con sus dos inseparables ejemplares de *La Jornada* y *El País*. Se pone nuevamente nerviosa y no porque tenga ganas de huir como hace un momento, sino porque sabe lo que debe hacer pero aún está indecisa de si hacerlo o no de una vez. Opta por la salida fácil y prefiere rodear el camino por el lado del Frontón México.

—A veces no te entiendo, Carlos. No entiendo por qué, si dices ser de izquierda y lees *La Jornada*, tengas que recurrir a *El País*, que es de la reacción, para informarte.

—Mira, pasa una cosa. Efectivamente, no digo ser, soy de izquierda y leo *La Jornada*. ¿Pero sabes qué me empujó a convertirme en periodista? La forma de escribir de los reporteros de *El País*. Todo aquel que anhele ser periodista debe pasar por esta aula antes de matricularse en cualquier universidad. Esto no es cuestión de ideologías, es cuestión de hacer periodismo desde la forma de escribir tus artículos y reportajes. Si no sabes redactar un buen reportaje mejor dedícate a otra cosa, porque un reportaje bien escrito es tan importante como meter un gol en la portería contraria; debe servir para despertar la conciencia del que lo está leyendo, y por eso es importante escribir con las palabras y sensibilidad exactas.

Inma recuerda este diálogo mientras va llegando a su departamento. Ése es Carlos, apasionado del periodismo y el fútbol. Se tiende un rato en la cama sin pensar en nada mirando el techo. De pronto se levanta, toma su neceser que está sobre el buró, saca su labial y va al baño. Se mira en el espejo y colorea sus labios de rouge. Sale, guarda el labial y toma su teléfono celular: llama para solicitar un radio taxi. En cuanto corta la comunicación saca del armario dos maletas de tamaño considerable y comienza a empaquetar sus pertenencias, un poco apurada porque le han dicho que el auto llegará en diez minutos.

Cuando se cerciora de que todo está debidamente guardado apaga las luces de la habitación, baja por el ascensor y se dirige a la Administración para saldar la cuenta de la semana. Se sienta en una banca a aguardar la llegada de su coche. La espera dura poco tiempo porque al minuto de tomar asiento se escuchan dos bocinazos que anuncian la llegada del taxi. Se despide del administrador y sale a la calle, que aún conserva en el ambiente la humedad de la lluvia. Cuando el chófer advierte que Inma arrastra con dificultad el equipaje corre a ayudarla, le abre la puerta para

que entre al auto y después guarda las maletas en la cajuela.

—¿Adónde la llevo, señorita?

—Sexta calle de Jesús María, entre República del Uruguay y República de El Salvador.

—¡A la orden!

Nada ha cambiado. El mismo trajinar de personas, el mismo ruido, los mismos olores. Como no hay timbres debe tocar muy ruidosamente la puerta para que la portera salga a abrir. Pero no se anima. No se anima, no puede tocar la puerta. Está segura, pero quiere desistir. Piensa: a lo mejor no está, a lo mejor ya vive con alguien más y no me quiere recibir. Hace un amago de irse y se queda sólo en eso. Agacha la cabeza para meditar, y cuando está resuelta a tocar, la voz carrasposa de don Servan la asusta y pega un brinco hacia atrás.

—¡Muchacha! ¡Benditos estos ojos que te vuelven a ver!

—Don Servan, es usted. Discúlpeme, pero es que me ha asustado un poco.

—¿Te asusté! Perdóname, chiquilla, no era mi intención. Qué, ¿ya de vuelta del viaje? Mira que sí ha durado bastante tiempo.

—¿Cuál viaje, don Servan?

—¡Anda! ¿Cómo que cuál viaje? Carlos me ha dicho que te fuiste de viaje porque te habían ofrecido un mejor trabajo. No me dijo dónde te fuiste, sólo me dijo que te ibas por tiempo indeterminado.

—¿Eso le dijo?

—Ni más, ni menos. Y mira que al chico no le ha sentado nada bien tu partida. Desde ese día anda de capa caída; yo he tratado de distraerle, pero nomás no levanta cabeza. Y pasando a otra cosa: si el trabajo allá era mejor, ¿por qué regresaste?

—Porque me di cuenta, muy tarde por cierto, que no era tan bueno como pensaba, y por eso estoy de vuelta, para no irme nunca más.

—Joder, chamaca, bienvenida nuevamente. ¿Aún no abre esta señora?

—No, don Servan, es que todavía no he llamado.

—Pues has hecho muy bien, sirve que entramos juntos y te ayudo aunque

sea con una maleta, ¿te parece?

—Claro que sí, don. Y gracias por haber cuidado a Carlos el tiempo que yo no estuve.

—No tienes nada que agradecer, hija.

Mientras suben las escaleras, Inma percibe el mismo olor del guiso de la vecina de la planta baja, y se pregunta si es que no sabe cocinar otra cosa. Al llegar al último escalón, don Servan respira con dificultad, se quita la boina y comienza a abanicarse; a Inma la escena le parece un poco divertida, pero como un gesto de agradecimiento le rodea el cuello con sus brazos y le besa una mejilla como lo hacía de niña con su padre. Don Servan, que por el esfuerzo que hizo no quiere saber nada del mundo en ese momento, le agradece el detalle acariciándole el pelo y con paso paquidérmico y tomándose del barandal, se dirige a su departamento. Lo ve entrar y en cuanto se queda sola retoma la seriedad. Junta las maletas y se acerca a la puerta. Claramente se percibe el olor del cigarro. Piensa: aún no lo deja, creo que es lo primero que voy a pedirle. Saca un espejo del neceser y se revisa el cabello; el rouge de sus labios luce un poco descolorido por el beso que le dio a don Servan, saca el labial y retoca el color.

Cuando cree estar segura de llamar a la puerta vuelve a titubear: ¿y si me rechaza? Se apoya en el barandal y toma aire, tanto aire hasta que siente los pulmones a punto de estallar. Medita, inhala, exhala. Permanece así unos minutos hasta que vuelve a sentirse segura de lo que va a hacer. Entonces abandona el barandal, se posa firme ante la puerta y llama tres veces con los nudillos. Oye las pisadas acercándose a la puerta, luego el movimiento de la cerradura accionándose —piensa: todavía no la manda a arreglar—. Su corazón no palpita precipitadamente como lo había imaginado, todo es serenidad en su interior. La puerta se abre lentamente: Carlos aparece con el pucho en los labios, las mangas de la camisa arremangadas, y con su ejemplar de *El País* doblado por la mitad. Ante la impresión, deja caer el cigarrillo y el periódico al suelo y se queda inmovilizado.

—Carlos —dice Inma con su voz tranquila, cristalina.

Carlos sale y mira el equipaje. En su cara se dibuja una mueca que quiere parecerse a una sonrisa y luego la mira a ella. Inma toma la iniciativa y lo abraza. Ambos se funden en un abrazo que pretenden dure por toda la eternidad. Inma comienza a llorar. Piensa: esto es la felicidad, lo que le da sentido a la vida. Se aferra al cuerpo de Carlos y cierra los ojos para llorar todo lo felizmente posible.

Para Gloria, una mujer excepcional.